

**23 SEMANA EUROPEA. EUSKALIT. CONGRESO GESTIÓN AVANZADA.
BILBAO METROPOLI-30. BILBAO, 10 DE NOVIEMBRE DE 2017-.**

Hiritargoa, eskualdeak eta Europa. Ciudadanía, regiones y europa-.

Juanjo Álvarez. Catedrático Derecho internacional Privado. UPV/EHU. Secretario GLOBERNANCE .

1- Consideraciones Introductorias.

Pese a las muchas imperfecciones que tiene nuestro sueño europeo basta echar una mirada al mundo para reafirmarnos en la necesidad de profundizar en los valores que encarnan el mismo. El modelo asiático que combina autoritarismo y mercado representado por China, o el "zarismo" autárquico y a la vez expansionista bajo el viejo sueño soviético de la Rusia de Putin, pasando por el capitalismo voraz e insolidario de los EEUU de Trump o por las enormes desigualdades sociales del gigante brasileño, todos ellos son modelos que nos brindan espejos en los que no debemos fijarnos.

¿Es Europa una potencia en decadencia o emergente?; ¿Representa Europa como construcción política un modelo de sociedad que pese a sus defectos merezca la pena ser defendida?; sin duda, cabe afirmar que sí. Europa suscita más interrogantes que respuestas porque vivimos en una época de transformación radical de nuestros marcos de referencia provocada por una nueva realidad globalizadora emergente. Los Estados ya no tienen capacidad para abordar unilateralmente todos los problemas derivados de ese complejo mundo ni pueden resolver el conjunto de las necesidades de los ciudadanos. La Unión Europea ha de representar, por ello, la respuesta de estabilidad política, prosperidad económica, solidaridad y seguridad a las inquietudes y convulsiones que genera la globalización.

A pesar de los desencuentros puntuales y los momentos de estancamiento, la Unión Europea viene configurándose como un proyecto de paz, libertad y justicia social, como una defensora de la multilateralidad y del diálogo entre culturas en los escenarios políticos mundiales, como un espacio de bienestar y compromiso social que apuesta por la cooperación.

Europa debe basarse no tanto en criterios de poder económico o militar, sino en la profundización de la cultura, la educación, la solidaridad, los valores democráticos y los principios que inspiraron la Declaración Universal de Derechos Humanos. La Historia demuestra que aquellas instituciones o estructuras que han basado su poder en una relación exclusiva de superioridad o dominio han terminado por fenecer tarde o temprano.

Por el contrario, los ideales y los valores terminan calando lenta pero inexorablemente en la sociedad, generando un vínculo indestructible con el progreso de la humanidad. En estos tiempos de incertidumbre Europa se encuentra en una situación inmejorable para impulsar a escala mundial una nueva organización social y política basada no ya en intereses, sino, sobre todo, en valores.

Necesitamos un nuevo y verdadero pacto constitucional europeo respetuoso con todos los derechos fundamentales y que otorgue un protagonismo real tanto a las personas y organizaciones de la sociedad civil europea como a las entidades que conforman esa realidad plural y diversa que es Europa. Europa se enfrenta a uno de los desafíos más complejos y a la vez ilusionantes de toda su Historia: construir un nuevo modelo de convivencia política, una nueva forma de democracia que, más allá de la mera yuxtaposición de los sistemas políticos actuales, sea capaz de acoger y desarrollar una nueva sociedad basada en la libertad, la igualdad, la equidad, la solidaridad, la justicia social, la diversidad y el desarrollo sostenible.

Por ello, hay que exigir desde una rebelión cívica otra construcción europea, hay que apoyar a quien de forma sincera nos proponga una Europa más social, más abierta a la realidad de las naciones sin Estado, a la superación de los egoísmos estatales, a la potenciación de una verdadera Europa de los ciudadanos y de los pueblos europeos, superando el exclusivo protagonismo de los Estados.

Hay que apostar por un liderazgo inequívocamente fuerte para reorientar bien la empresa común que representa Europa. El punto débil de la UE ha sido otorgar prioridad al mercado con respecto a la política y a sus destinatarios, los ciudadanos. Vivimos en una democracia dispersa e individualizada, donde el "sálvese quien pueda" triunfa, en la que a los dirigentes les cuesta determinar con claridad los objetivos de una comunidad ciudadana. Y crece el sentimiento de alejamiento entre los dirigentes y los ciudadanos, y el poder y la política en general escapan de las manos de los líderes políticos sin que llegue a los ciudadanos.

Si la UE quiere sobrevivir, sus representantes deberían dejar claro cuál es su objetivo. Seguir sin rumbo, como hasta ahora, sacrificando la integración en beneficio de la ampliación no es el camino. Tampoco pasa su futuro, probablemente, por convertirse en una federación (difícilmente habrá alguna vez consenso unánime, necesario conforme al Tratado de Lisboa para su reforma, en torno a esta idea federalizante), sino en una Unión dotada de una Constitución, orientada hacia el exterior, que proteja y potencie su diversidad, que admita realidades políticas más allá de los Estados y que delimite bien su ámbito de integración territorial.

La mejor y única opción es volver a los orígenes, en este caso, a los de la Unión. La Europa unida era desde el inicio el proyecto político de la unificación del continente. Un proyecto para construir una federación de naciones en torno a un proyecto de futuro compartido.

2-. ¿Qué Europa necesitamos los ciudadanos?.

La complejidad inherente al proceso de toma de decisiones en el seno de las instituciones Europeas requiere de un nuevo andamiaje institucional. Ha de cobrar protagonismo el ritmo político, el liderazgo político, pero ha de ser una política que se aleje de la mera improvisación inteligente del "ir tirando", una política que supere la simple agitación en superficie, esa falsa movilidad como señuelo para que en realidad no cambie nada, un pseudomovimiento que en realidad disfraza la ausencia de toma de decisiones.

A pesar de los desencuentros puntuales y los momentos de estancamiento, la Unión Europea viene configurándose como un proyecto de paz, libertad y justicia social, como una defensora de la multilateralidad y del diálogo entre culturas en los escenarios políticos

mundiales, como un espacio de bienestar y compromiso social que apuesta por la cooperación. Por todo ello, es prioritario que la Unión Europea asuma un mayor protagonismo como actor global en el escenario internacional, más allá de la acción de sus Estados miembros.

Europa debe basarse no tanto en criterios de poder económico o militar, sino en la profundización de la cultura, la educación, la solidaridad, los valores democráticos y los principios que inspiraron la Declaración Universal de Derechos Humanos. La Historia demuestra que aquellas instituciones o estructuras que han basado su poder en una relación exclusiva de superioridad o dominio han terminado por fenecer tarde o temprano.

Por el contrario, los ideales y los valores terminan calando lenta pero inexorablemente en la sociedad, generando un vínculo indestructible con el progreso de la humanidad. Así como el Renacimiento fue capaz de alumbrar un nuevo humanismo, del mismo modo que la Revolución Francesa supo elevar al ser humano a la condición de ciudadano libre, Europa debe responder a los retos del siglo XXI con valentía y de forma innovadora.

En estos tiempos de incertidumbre Europa se encuentra en una situación inmejorable para impulsar a escala mundial una nueva organización social y política basada no ya en intereses, sino, sobre todo, en valores. Nunca había coincidido en un espacio geográfico tan reducido un desarrollo socioeconómico, una consolidación democrática y una diversidad cultural tan extraordinarios como los que se dan actualmente en la Unión Europea. Por primera vez comienza a ser una realidad en el continente europeo la convivencia pacífica y respetuosa de religiones, lenguas, culturas, instituciones, costumbres y tradiciones muy variadas.

Una diversidad que está alcanzando en el momento actual, y como consecuencia de los procesos migratorios, una intensidad realmente extraordinaria que debemos valorar positivamente como factor de dinamismo, ya que contribuirá a enriquecer y fortalecer la identidad europea. La cicatería mostrada en esa casi obscena definición de "cuotas" de refugiados por Estados demuestra qué lejos estamos de alcanzar una actuación coordinada en ámbitos que deben sentar las bases de una nueva identidad europea.

Necesitamos un nuevo y verdadero pacto constitucional europeo respetuoso con todos los derechos fundamentales y que otorgue un protagonismo real tanto a las personas y organizaciones de la sociedad civil europea como a las entidades que conforman esa realidad plural y diversa que es Europa.

Europa se enfrenta a uno de los desafíos más ilusionantes de toda su Historia: construir un nuevo modelo de convivencia política, una nueva forma de democracia que, más allá de la mera yuxtaposición de los sistemas políticos actuales, sea capaz de acoger y desarrollar una nueva sociedad basada en la libertad, la igualdad, la equidad, la solidaridad, la justicia social, la diversidad y el desarrollo sostenible.

Es preciso aportar pautas que permitan definir un concepto de ciudadanía europea y profundizar en la transmisión de unos auténticos valores europeos que, como sociedad, nos ayuden a superar el europesimismo o euroescepticismo imperante en las élites tecnócratas que dirigieron, sin excesivo entusiasmo en su difusión, hitos claves en la historia del proceso de construcción europea, tales como la ampliación a 25 Estados de la UE, materializada en mayo del 2004 (ahora ya 28 Estados, tras la entrada en el "club" Comunitario de Bulgaria, Rumanía y Croacia) o el intento -loable, sin duda, y que necesariamente hemos de retomar como sociedad europea- de Constitucionalización del marco institucional Comunitario.

Conclusiones-

I-La política ha de ocupar el primer plano de las decisiones económicas, y pese a que la clase dirigente tiene problemas para atender en tiempo real a cada una de las consecuencias derivadas en serie de esta crisis, debido probablemente a que hasta el momento han buscado las causas de la misma exclusivamente en el sistema financiero, hay que elaborar reglas que hagan primar la democracia sobre los mercados. Por todo ello, más que nunca, es el tiempo de la política, es hora de hacer política de verdad para ganar el pulso a los mercados. Nuestro futuro (y la superación de este duro presente) depende de ello.

II-Es necesario conservar y profundizar la conciencia de la unidad europea, pero al mismo tiempo debemos mantener viva la diversidad europea de los estilos y las tradiciones respectivas. Una Unión Europea con los veintiocho Estados miembros actuales difícilmente podrá llegar a convertirse en los Estados Unidos de Europa. Debemos dejar a un lado la elección simplista a los que algunos quieren reducir la reflexión sobre Europa: o un Estado federal, o una zona de libre cambio. Para salir de este atolladero necesitamos volver a construir una Constitución para Europa que combine la búsqueda de la integración con el pragmatismo, que se relegitime funcionalmente mejorando la vida y el futuro de los ciudadanos europeos, que reconozca la existencia de realidades políticas alejadas del pético binomio Europa versus Estados, que asuma la existencia de pueblos europeos vivos, activos, solidarios y alejados de la decimonónica lucha por la soberanía estatal exclusiva y excluyente.

III-Pese a la desafección, la lejanía, la frustración, la indignación hacia la política europea, pese a todo, hay que exigir desde una rebelión cívica otra construcción europea, hay que apoyar a quien de forma sincera nos proponga una Europa más social, más abierta a la realidad de las naciones sin Estado, a la superación de los egoísmos estatales, a la potenciación de una verdadera Europa de los ciudadanos y de los pueblos europeos, superando el exclusivo protagonismo de los Estados.

IV-En realidad todo ello plantea la exigencia y el reto del liderazgo político y permite reivindicar el protagonismo de Europa y de sus instituciones: es el momento de reconquistar el futuro, alejado de una mera suma de expectativas individuales, desligadas de realizaciones colectivas.